

LA DESCAMISADA



Una de las costumbres con más raigambre entre las gentes de nuestros campos es la descamisada; es algo hermoso en qué pensar, cuando pasado el tiempo se recuerda con nostalgia, con ese dulce sabor que deja siempre un grato recuerdo de algo vivido en nuestros mejores años.

La alegría de una descamisada la gozaba plenamente la gente joven; en ella se olvidaban celos y enfados y en ella también se hacían reconciliaciones de amores rotos o nacían otros nuevos. Junto con el alegre rasguear de las guitarras y la gracia de los cantares "picados", se decían mucho de lo que se guardaba muy dentro. Tranquilos, sin ofensas, se cantaban amores, celos, minúsculas envidias o resquemores.

Desde la primera noche empezaban a verse por las veredas las muchachas y muchachos, llevando sus faroles encendidos que lucían a lo lejos, como luciérnagas gigantes, en los largos y oscuros caminos que llegaban a la finca.

La solana inundada por la luz de la luna, apagaba casi la llama mortecina que dejaban escapar dos o tres faroles

que pendían colgados en las paredes. En esta semioscuridad, los rostros adquirían un tinte misterioso y los ojos tornábanse de un mirar brillante y extraño.

En el suelo, sentados chicos y chicas, frente a una gran tonga de piñas, iban arrancando las rubias camisas que envolvían las mazorcas; más tarde muchas de ellas, trenzadas en largo rosario, lucirían colgadas como una pincelada de vivos colores en los balcones, en los corredores, o sobre las blancas paredes de las casas campesinas.

Una alegría sana, el pasar un rato agradable, la ilusión de un posible amor, la buscada reconciliación o tal vez el baile con que terminaba la descamisada, era el precio a la gratuita labor.

La aparición de don Chano, el dueño de la finca, y de Pepito "el cubano", su mayordomo, fue saludada por la alegre concurrencia. El mayordomo repartió vasos con vino, de ese áspero y rico vino del Monte.

La llegada de algún rezagado fue

como siempre recibida con risas y una lluvia de piñas que volaron a su encuentro.

Empezaron a sonar los timpletes, las guitarras y los requintos, rasgueados por hábiles manos, y los primeros cantares se dejaron oír en el silencio de la noche. La luna a veces, como una vieja figona, atisbaba vigilante y misteriosa tras de alguna nube, como si quisiera sorprender algo extraño en aquellos tranquilos campos, en los que tan sólo se oía siempre el silbido del viento, el agudo canto del grillo o el croar de las ranas.

Con toda la malicia que la copla encerraba la cantó Pedro, el de Agapito, a su novia Micaelita "la Porreta":

*Por un beso que te di
tu madre llorar quería,
Ven y dame uno a mí
a ver si llora la mía*

Todos rieron, y Micaelita colorada por el atrevimiento del muchacho le contestó:

*Más quisiera ser cebolla
y tenderme en toda mesa
que ponerme a cantar
con quien no tiene vergüenza*

La risa estalló de nuevo, y él volvió a cantar:

*El canario cuando come
primero parte el alpiste
y tú me partes el alma
con las cosas que me dices*

Nuevas risas y nuevos colores en la cara de la chiquilla.

Juan, "el mirlo", que desde que llegó no dejaba de vigilar el camino que llegaba a la solana, de pronto cantó:

*Hay viene quien yo me sé
luciendo trapos y moño
hay viene "chiquia" el diablo
echona de los demonios*

Todos sabían qué males de amor pasaba y quién era "quien yo me sé" y también los suspiros que Pinito Sosa estaba costando al enamorado muchacho.

A los oídos de la niña, que aún estaba un poco alejada de la solana, no llegó la canción, que en estallido ofensivo había hecho brotar el resquemor del despecho y los celos.

Pero Antonio Luis, que también tenía puestos sus ojos en Pinito y muchos decían que era él quien de verdad gustaba a la niña, cantó:

*A una rosa cierto día,
alguien se quiso acercar
y como se pinchó con ella
no hace más que criticar*

La llegada de Pinito Sosa hizo callar a los enamorados. Era guapa la moza, morena; airosa se recogía con gracia su pelo rubio oscuro en un moño sobre la nuca. Tenía unos inmensos ojos claros y una sonrisa luminosa que parecía encenderle y animarle toda la cara.

Entre las chicas le hicieron un hueco en el suelo y en él se sentó, estirándose la falda con cierto encanto y sencillez.

Soledadita, la suegra del mayordomo, una anciana pulcra de pelo blanco cubierto con un pañuelo de seda negra, apareció con un gran tostador de barro, lleno de rico "millo" tostado, el sabroso "cochafisco", que repartió entre la alegre concurrencia.

Juan, "el mirlo", se revolvía nervioso en su sitio; con mirada brillante y resentida no apartaba sus ojos de la niña que, indiferente, miraba a otra parte siempre que se encontraba con la mirada del ofendido muchacho.

Siguieron cantando mozas y mozos en un dime y direte gracioso y festivo; brotaban las coplas, saltaban inquietas de boca en boca, nacían recias, juguetonas o maliciosas, para morir vibrando

en el aire, hasta que de nuevo volvió a cantar Juan, "el mirlo":

*Dicen niña que te quiero
y eso está aún por ver,
si tu padre quiere yerno
otro lo tendrá que ser*

Todos sabían que Vicentito Sosa no le quería para su única hija y que además le profesaba una enorme antipatía que molestaba al muchacho.

Pinito se sintió ofendida.
— ¡El muy idiota!, ahora vas a ver...
— se dijo, así que cantó:

*Mi padre, para tal yerno,
más quisiera todavía
que lo tirara la burra
o lo cogiera el tranvía*

Pero el "mirlo" no calló, cantó de nuevo; con sus celos, con todo el despecho que sentía por verse rechazado, no sabía cómo ofenderla, cómo herirla.

*Tu padre dice, mi niña,
que por tu hacienda te quiero
¿de qué presume el pobre?
¿de la higuera y el ciruelo?*

La muchacha estaba molesta de verdad, así que le contestó:

*Y de las tierras y la casa
y de tantas cosas más
y de no insultar a nadie
cuando se pone a cantar*

Fue entonces cuando Antonio Luis salió en defensa de su amada, con su voz grave y bella de barítono:

*Chúpate esa si puedes...
aunque pierda en la baza
el que hombre macho es
se aguanta las calabazas.*

Juan soltó con rabia la piña que tenía en las manos y encarándose con Antonio Luis le contestó:

*De meterte en mis asuntos
me tienes hasta los sesos
"trometío" del demonio
te voy a romper los besos.*

Pero el otro no se alteró; muy tranquilo, sin mirarlo tan siquiera, siempre descamisando, como si no ocurriera nada, volvió a cantar:

*Galibardo, no presumas,
que tú no pegas ni un sello,
no es más que jarabe pico
y presumes mucho de ello.*

— ¡Lo que te rompo es el "josi-co"! — fue el grito agudo y chillón de Juan, que poniéndose de pie se dirigió a donde estaba Antonio. Este se le plantó delante esperando la agresión.

— ¡"Haiga pas muchachos"! ...pos estaría bonito que se dijera que en una

descamisada de la finca de "Monte Quemado" alguien había perdido los estribos... "Haiga pas digo, y siga la música que "agora" quien va a cantar soy yo, —dijo Pepito, "el cubano", interponiéndose entre los dos rivales.

Las descamisadas eran tranquilas, alegres, era muy extraño que ocurriera esto, pero a veces los celos hacen estallar al más sereno, aunque la verdad es que esta vez no se destacaba el muchacho por esto último; así que volvieron los mozos a sus sitios y el mayordomo, recordando quizás sus años jóvenes pasados en la perla de las Antillas, cantó:

*Los cangrejos por la loma
corren que se desatinan
porque los hijos de Cuba
se los comen con harina.*

— Y ahora les voy a cantar algo mejor ¡puñema! — dijo con regocijo:

*Por la orilla de la playa
yo vi un piojo pasear
con una escama en un ojo,
que venía de pescar*

De nuevo brotó la risa, y en este tono de humor, siguieron los cantares; hasta Tomasito el "conejero", del que todos sabían que se llevaba de uñas con su suegra porque la buena mujer presumía de tener sus ahorrillos y nunca le había querido en su familia, por lo pobre de su hacienda, cantó:

*Yo tengo una suegra rica
y adelantada en terrenos,
donde se revuelca un burro...
y queda el rabo en lo ajeno.*

— ¡Jesús, el hombre!... ¡cállate, muchacho! que ganas tienes de fiestas con mi madre — dijo con apuro Fefita.

La nueva copla fue recibida con alegres carcajadas. De nuevo se repartió vino, esta vez con galletas de Marfa. Y fue pasando el tiempo y ya era la media noche cuando se terminó con las piñas, y empezó el baile, con isas y malagueñas, folías y el baile de moda que privaba en aquellos momentos, la polca. Sonaron las guitarras, timplés y requintos, esta vez acompañados por el acordeón de Pepito, "el cubano". Alguien cantó:

*Canta el feliz su alegría,
reza el triste su plegaria
y yo canto las folías
porque he nacido en Canaria*

Así siguieron los cantares y bailes, corrió el tiempo con la rapidez que lo hace, siempre que se está a gusto y bien. Casi amanecía cuando terminó la fiesta, y la gente siempre cantando entre bromas y risas se fue recogiendo en sus hogares. Era así como siempre terminaba una descamisada.

JOSEFINA MUJICA